

un fuerte rechazo a la institución y a la autoridad: "Una noche, un compañero y yo observamos al hermano consejero con otro de nuestros amigos sobre las piernas besándolo con pasión", recordó con rabia en medio de uno de los interrogatorios. Debido a esta situación huyó y le solicitó a su padre que lo cambiara de centro educativo, sin darle más detalles de lo sucedido.

En consecuencia, volvió a estudiar en 1943, cuando ingresó a segundo año de bachillerato en el prestigioso Colegio Salesiano León XIII, ubicado en el centro de la ciudad. Aunque seguía interesado en la lectura, los idiomas y el deporte, su actitud ya no era la misma. Le costaba obedecer la férrea disciplina de los religiosos, razón por la cual se alejó de las aulas, se concentró en los talleres de oficios y dedicó gran parte de su tiempo a aprender el arte de la encuadernación. Pese a su gusto por los trabajos manuales, no aguantó más y dejó de asistir a clases. Guardaba un profundo resentimiento contra los sacerdotes, debido a la contradicción entre la doctrina que se le intentaba imponer y los abusos sexuales que había observado.

Mas esta repulsión por el clero no surgió solamente a partir de sus experiencias escolares. Su propia media hermana había tenido un hijo con el párroco de Anolaima, lo que le causó un profundo sinsabor y aumentó su odio y su resentimiento: "Mi hermana Cecilia fue embarazada por el párroco del pueblo; ese cura incluso me ayudó en un juicio que tuve, pagándome un abogado", rememoró el asesino en su celda al preguntársele acerca de su familia.

Lejos de la academia y a la edad de 16 años, se dedicó a buscar trabajo entre las principales importadoras de electrodomésticos y se enganchó como vendedor puerta a puerta de marcas como General Electric, Olympic y Blot Man. Allí se dio cuenta de que era posible acceder a desconocidos entablando diálogos

cortesés y respetuosos. Aprendió a manipular los sentimientos y las expectativas de los demás para lograr sus propósitos y, como todo buen vendedor, adquirió la capacidad de persuadir y exagerar los beneficios de sus productos.

En medio de sus extensas jornadas de trabajo en las calles, conoció a Alcira Castillo, una bella joven con quien entabló una relación sentimental. Pasaron unas pocas semanas y el atlético vendedor le propuso que vivieran juntos; la chica aceptó y la pareja se unió en el año de 1957. A partir de ese momento, Camargo se dedicó a mantener con esfuerzo su humilde hogar, pero sus ingresos no eran suficientes y, en busca de mayores entradas, recurrió al crimen sin ningún reparo. En 1958, planeó y ejecutó el asalto a una modistería de propiedad de un conocido que le había enseñado el oficio de sastre. No obstante, debido a su inexperiencia, el crimen no resultó perfecto y fue capturado pocas horas después del robo. Por ser un delito menor, se le ubicó entre los presos menos peligrosos y escapó: "En el momento que ingresé a la cárcel estaban los empleados saliendo; aproveché un descuido y tomé una carpeta que estaba abandonada sobre un escritorio, me la puse bajo el brazo, di la vuelta y salí con el grupo de funcionarios a la calle". De este modo, se convirtió en prófugo, volvió a su casa ubicada en el barrio Eduardo Santos en el sur de Bogotá y empezó a buscar trabajo nuevamente.

En 1962 un acontecimiento devastador condujo al joven vendedor más cerca del odio y de la violencia. Una mañana cualquiera salió de su hogar sin saber las desdichas que le aguardaban, tomó el maletín en que amontonaba los catálogos de venta y se preparó para otra extensa jornada en las calles de la ciudad. Le esperaban agotadores recorridos de puerta en puerta entre barrios residenciales, con las fotografías de sus productos—licuadoras, batidoras y aspiradoras— y con la oferta de créditos personalizados para las amas de casa. Empero, al poco tiempo

de salir de su residencia se desató un torrencial aguacero que le impidió proseguir. Estaba empapado y decidió regresar a su casa, donde fue testigo del engaño de su esposa: "La vi a través de la ventana, en mi lecho, haciendo el amor con otro hombre. Entonces tuve malas intenciones, pero no sucedió nada; tuve el deseo de hacerle un daño, de vengarme, destruirla". Con todo y su dolor, el joven traicionado contuvo su rabia y esperó a que el desconocido se marchara para entrar en la vivienda y llevarse sus cosas sin decir ni una sola palabra.

Camargo cargaba consigo su propio infierno. Con el corazón destrozado, volvió a relacionarse con su padre y se estableció en una casa de su propiedad; continuó con su oficio de vendedor y en 1963 conoció a otra mujer con quien creó una asociación siniestra.

La chica trabajaba en la Droguería Granada en el centro de la ciudad. Era atractiva y un año más joven que él. Su personalidad, sumisa y permisiva, posibilitó que Camargo asumiera el rol dominante de la relación y la sometiera poco a poco a sus caprichos. Cuando intentó tener contacto sexual con ella, se dio cuenta de que no era virgen, lo que le molestó profundamente. Sus sentimientos de odio entraron conflicto; sus apetitos sexuales y sus ideales de pureza chocaron con la realidad.

A partir de ese momento utilizó su capacidad de mentir, su inteligencia y las técnicas de persuasión y manipulación que había aprendido en su oficio de vendedor para perpetrar los más horrendos crímenes. Así inició una terrible cadena de violaciones y robos que más adelante se transformarían en asesinatos.

### **El despertar del Sádico**

Era el año de 1963 y Daniel Camargo Barbosa consiguió a su pareja perfecta: él era dominante y manipulador; ella, sumisa

y complaciente. Poco a poco erosionó con maltratos la débil voluntad de la mujer para convertirla en su esclava. La hacía sentirse culpable por no ser virgen, la humillaba y la despreciaba hasta transformarla lentamente en una herramienta para cumplir sus horrendas fantasías.

Motivado por un razonamiento retorcido, convenció a la chica de que debía recompensar la "ofensa" trayéndole niñas vírgenes para que pudiera violarlas. La mujer cedió y se inició una impresionante cadena de violaciones que aterrorizó a la sociedad capitalina.

En primer término, la muchacha entregó sus dos hermanas menores al vendedor. Las drogó con un potente sedante que robaba de la farmacia en donde trabajaba y que les proporcionó durante la comida, para lo que aprovechó la ausencia de sus padres. Una vez inconscientes, se las facilitó a Camargo con el fin de que las ultrajara durante horas en su propia casa. A pesar del crimen, el apetito del sádico aumentó y le dijo que si le traía más vírgenes, podría casarse con ella; de lo contrario, la abandonaría.

Se inició una rutina que con el tiempo adquirió una dinámica frenética. La mujer, apodada por la prensa como la Dama de Azul, utilizaba un vestido similar al de las empleadas de los almacenes de cadena para engañar a sus víctimas. Buscaba niñas entre 10 y 14 años en los principales supermercados de la ciudad y trataba de que cumplieran con el perfil exigido por Camargo: inocentes y bellas.

La mecánica era siempre la misma. Una vez localizada la niña, él la espera a la salida y la interceptaba hablándole severa y groseramente. Decía que la habían descubierto, que era una ladrona y que debían hablar con la supervisora del almacén. Las chicas, confundidas, negaban haber cometido algún hurto, pero de inmediato la mujer entraba en escena y les decía que les iba

a ayudar, que no se preocuparan y que la acompañaran a la casa de la administradora, quien seguramente las perdonaría antes de llamar a la policía.

A medio camino las llevaba a cualquier cafetería y les hablaba de cuántos años pasarían en la cárcel y de que su mamá y su familia se iban a enterar. Cuando estaban a punto de llorar, les pedía que se tranquilizaran y les proporcionaba una pastilla de seconal sódico. La macabra pareja las conducía dopadas y somnolientas frente a los ojos de cientos de transeúntes en cualquier medio de transporte público para llevarlas hasta su casa. En la calle simulaban ser una familia. Ya en la residencia, la mujer les daba una dosis aún más fuerte de sedantes, las desvestía y las preparaba para que Camargo Barbosa las violara toda la noche. A la mañana siguiente las despertaba y, en una muestra de cinismo, las acompañaba hasta la puerta su casa.

Durante casi un año la pareja cometió más de diez crímenes, todos con la misma mecánica, como confirma el relato de una de las sobrevivientes llamada Mónica, quien contaba con tan solo 12 años de edad: "Yo le pedí a mi hermana que me diera plata para comprar un lápiz. Ella me dio un peso y fui al almacén TÍA ubicado en el centro de Bogotá como a las 6 de la tarde. Lo compré, me quedé mirando unos juguetes y salí hacia mi casa. Pero en la puerta se me acercó un hombre que me dijo: 'Niña, tenemos que hablar porque se robó una cartera'. Caminamos una cuadra y una señora bien vestida me condujo hasta una cafetería, donde me dio una pastilla para que se me quitaran los nervios. Después no recuerdo nada hasta estar frente a mi casa. Después me di cuenta de que había sido violada". La forma en que la pareja cometía cada violación era idéntica, lo que, a la postre, los llevaría a la cárcel. En pocos meses, las fuerzas de seguridad descubrieron su rutina y les tendieron una trampa.

Era el año de 1964 y Daniel Camargo Barbosa se encontraba en un reconocido almacén del centro de Bogotá. Sus ojos no reposaban sobre las mercancías que se exhibían, pues en realidad buscaba una nueva víctima. Su cómplice estaba cerca y simulaba no conocerlo. Lo que la pareja desconocía era que un detective del DAS encubierto estaba en el mismo lugar. Al detectar a Camargo, el agente se le acercó y le solicitó identificarse. El violador se asustó, a sabiendas de que su situación judicial era complicada debido a su fuga de la cárcel años atrás. No lo pensó dos veces y huyó del lugar. El agente lo persiguió y le ordenó inútilmente que se detuviera, mas, ante la negativa y la rapidez del sospechoso, desenfundó su arma, le apuntó e hizo dos disparos, uno de los cuales impactó en su pierna y le provocó una caída inmediata. De esta manera, el hombre fue capturado y acusado de violación.

La noticia se regó por la prensa y las emisoras no paraban de anunciar la captura del terrible violador. La Dama de Azul entró en pánico, se entregó enseguida a las autoridades e informó los detalles de sus crímenes tras acusar a Camargo. Estas denuncias servirían como evidencia para condenarlo a seis años de prisión.

El Sádico fue llevado a la Cárcel Modelo de Bogotá, donde pasó cinco años preso, ya que su condena se redujo por trabajo y buen comportamiento. Leía obsesivamente y devoró casi todos los libros de la biblioteca del penal, al mismo tiempo que terminó un curso de inglés por correspondencia. Se mostraba asocial y distante frente al resto de los reclusos.

Aunque parezca extraño y retorcido, su caso no es el único. La asociación entre parejas para agredir o matar a otros ya se ha registrado en la historia. Las características de la unión entre Camargo y la Dama de Azul son muy similares a las del famoso caso de Paul Bernardo y Karla Homolka, cuyos nombres sal-

taron a la fama en 1995 cuando se descubrió la doble vida que llevaba la joven y bella pareja, apodada Kent y Barbie por sus amigos y familiares. Nadie sospechaba que Karla —una joven que trabajaba en una veterinaria— y Paul —un reputado contador y financista— ocultaban una serie de secuestros, violaciones, torturas y asesinatos detrás de una aparente vida llena de éxito y actividad social.

De manera similar al caso de Camargo, Bernardo le dijo a Homolka que se sentía frustrado porque ella no era virgen. Enseguida le solicitó como contraprestación que le permitiera violar a su hermana menor, Tammy, de 15 años. Durante una cena familiar, en 1990, esperaron a que sus padres se durmieran y entre los dos drogaron a Tammy. Paul la violó mientras lo grababan en video. Luego del hecho, la menor murió a causa de la intoxicación causada por los sedantes, pero pese a su horrible crimen, no fueron capturados, ya que la policía tomó la muerte como una sobredosis accidental, aunque Tammy no tenía antecedentes de uso de drogas.

Un año más tarde se casaron, se drogaron, violaron y descuartizaron a una joven de 14 años “como un regalo de bodas”. Repitieron el proceso en 1992 con una joven de 15 años a la que violaron y maltrataron durante trece días antes de asesinarla.

En tanto estuvieron casados, asesinaron a cuatro mujeres, hasta que un día, luego de una de las habituales golpizas a las que Paul sometía a Karla, la mujer herida y lastimada decidió decir la verdad y denunció a su esposo ante las autoridades.

La pareja fue capturada en 1993. Paul Bernardo fue condenado a cadena perpetua y Karla Homolka obtuvo una controvertida sentencia de doce años en prisión a cambio de entregar los detalles de sus crímenes. Homolka cumplió su condena y se encuentra libre.

Las similitudes entre estos dos casos no son fortuitas. Existen ciertas características que hacen que algunas personas sean fácilmente manipuladas por otros, al extremo de crear una diabólica asociación en donde la moral no existe y unos se convierten en herramientas de los deseos de otros. Tanto Paul Bernardo como Daniel Camargo comparten una personalidad manipuladora y dominante; ambos maltratan, humillan y someten a sus parejas, a quienes convierten en esclavas de sus pasiones.

Luego de salir de prisión, Camargo decidió que no volvería a estar encerrado. No obstante, lo que sucedió durante sus primeros años de libertad ha quedado en el misterio. Fue precisamente en 1969 cuando empezaron a aparecer cadáveres de mujeres en las inmediaciones del Salto del Tequendama, en cercanías a la estación de generación de energía de El Charquito. La prensa bautizó de inmediato al responsable como el Sádico de El Charquito, un personaje sin rostro que aterrorizó a los bogotanos y que produjo docenas de historias excéntricas entre la población, relatos que buscaban entre las tinieblas del enigma la verdadera identidad del asesino.

Se aseguraba, por ejemplo, que un apuesto militar casado conducía a las bellas jóvenes que conquistaba hasta el Salto de Tequendama, donde las asesinaba para ocultar sus infidelidades. También se tejieron historias sobrenaturales que aseguraban que el culpable era una especie de vampiro criollo que salía en las noches en búsqueda de sangre. Hoy sabemos que las víctimas no fueron asesinadas por ningún espíritu o extraterrestre, sino que fueron llevadas allí mediante engaños para ser asesinadas por Daniel Camargo Barbosa.

Las evidencias que apuntaban hacia su responsabilidad eran contundentes: los cuerpos de las víctimas del Sádico eran jóvenes del mismo rango de edad que las de Camargo —entre 13 y



22 años—, habían muerto estranguladas, sus cadáveres se encontraban agrupados y semienterrados y habían sido brutalmente violadas. Además, existían pocas marcas de forcejeo o golpes, lo que permitió concluir que habían llegado hasta el lugar de su asesinato por voluntad propia y quizá mediante engaños.

Pese a las evidencias, en toda entrevista y declaración que concedió Camargo negó ser el mítico asesino. Esta negación tiene una lógica, si tenemos en cuenta que su personalidad resalta por su mitomanía y su capacidad de manipulación y porque, de haber reconocido ser el Sádico, sus crímenes le acarrearían una segunda condena y otros años privado de la libertad.

Con todo y los esfuerzos de la policía y el DAS, el asesino de El Charquito nunca fue capturado y los cadáveres dejaron de aparecer de un momento a otro. Al parecer, los apetitos del brutal homicida se habían saciado. No obstante, Camargo no había frenado sus criminales acciones, sino que se había marchado con sus siniestras obsesiones hacia otras tierras.

La forma en que partió del país no es clara, pero hacia 1972 fue deportado de Brasil. Había llegado hasta allí luego de transitar los territorios más inexpugnables de la geografía nacional y de recorrer miles de kilómetros por ríos y selvas inhóspitas. Pretendía huir de las autoridades que habían creado un equipo especial de investigación y búsqueda para resolver los crímenes de El Charquito.

Tal sería el temor de volver a prisión, que en medio del frenesí de su escape se alejó de la capital de la República y se adentró en territorio brasileño. Una vez allí, siguió avanzando por el río Amazonas hasta llegar a la ciudad de Manaus, donde aprendió a hablar y leer portugués; para sobrevivir, se dedicó a negociar baratijas con los conocimientos adquiridos en su antiguo oficio de vendedor y se adaptó rápidamente a la cultura

local. De allí viajó hasta Río de Janeiro y São Paulo, donde se radicó.

No obstante, su estancia en el país de la samba no duró mucho y, aunque no sabemos si cometió más asesinatos, podemos deducirlo de su diario personal, pues en él comparó a las mujeres colombianas con las brasileñas y afirmó que las segundas eran más confiadas y dóciles. Esto indica, entre líneas, que Camargo asesinó y violó por lo menos a una mujer durante su permanencia en territorio brasileño.

Además, su captura y deportación a Colombia sucedió en condiciones confusas y sospechosas, ya que fue denunciado por estafa por un ciudadano brasileiro llamado José Ferreira, crimen del que existe poca información, pues los documentos judiciales no dan mayor explicación sobre el caso, ni detallan las condiciones de sus crímenes en el país carioca.

Al regresar a su tierra natal decidió dirigirse a la costa caribe y establecerse en Barranquilla en busca de nuevos territorios para desatar su orgía sangrienta. Durante los primeros días tuvo que dormir en la calle, pero al poco tiempo compró algunos protectores para pantalla de televisor en una distribuidora de electrodomésticos. Cargaba consigo una maleta negra y recorría las calles de La Arenosa con el novedoso producto.

Con el tiempo alcanzó cierta comodidad; sin embargo, en su interior bullían pulsiones y deseos que lo llevarían a violar y matar de nuevo. Tales impulsos acabarían con la vida de al menos una docena de mujeres y lo conducirían de regreso a la cárcel.

En este momento el homicida se volvió rutinario: definió una misma mecánica criminal marcada primero por el engaño a sus víctimas para llevarlas a un sitio apartado, luego por la violación y finalmente por el asesinato, como es visible en el relato de uno de sus crímenes de Barranquilla, extraído de su diario:

“Cualquier día pasaba por frente de un colegio, como a eso de las cuatro y media de la tarde, hora en que los alumnos se dirigían a sus hogares, pudiendo observar que una chica de aproximadamente trece años se rezagaba del grupo, dirigiéndome a ella, de forma improvisada, le dije: la directora del colegio te envía esta antepantalla para que la lleves a la residencia de tu profesora, mientras que al mismo tiempo ponía esta en su mano viéndose obligada a recibirla. No conozco dónde queda su residencia, replicó. Contesté que yo la guiaría, pidiéndole me permitiera ayudarle a cargar sus útiles escolares, lo cual aceptó con agrado. Caminamos hasta el final de una avenida desde donde se podía apreciar el comienzo de un lugar enmontado. Si atravesamos ese bosque pequeño podemos llegar más rápido, le dije. Cuando ya habíamos penetrado por lo menos doscientos metros en el bosque, tomándola por el brazo le dije: no intentes correr o gritar porque estoy armado y te puedo herir o matar. Te he traído no para entregar la antepantalla sino porque me gustas y deseo que hagamos el amor. Si te dejas acostar y quitar el calzón pronto te llevaré a la casa de inmediato, de lo contrario pasaremos la noche en este lugar. Se podía apreciar que estaba muy asustada y con voz temblorosa dijo: sí, pero no me vaya a herir o matar. Luego que estuvo acostada la cubrí de besos y caricias y quitándole el calzón la poseí con todo cuidado, cuando hube terminado descendí acostándome a su lado. Ella quiso hablar pero le impuse silencio porque tuve miedo de ser escuchados por alguien. Repentinamente me invadió un terror que de ninguna manera podía controlar. Vinieron a mi mente los seis años de reclusión, la monotonía propia de las cárceles, la horrible sensación que se ha perdido la libertad; recordé que mi fotografía estaba en el álbum dedicado a los violadores, que se buscaban siendo que nada ha-

bía cometido. No, de ninguna manera, no podía permitir que esta chica me identificara, no podía dejar evidencia, tenía que suprimirla. Nuevos besos, más caricias y otra posesión, a continuación constante presión sobre su tráquea hasta que dejó de respirar. Miré su rostro, sus ojos estaban fijos, estaba inerte, ¿qué había hecho? ¡Debía escapar rápidamente! Me subí el pantalón y hui del lugar”.

Aunque nunca sabremos la cifra exacta, es muy probable que Camargo haya asesinado al menos a diecisiete mujeres en la capital del Atlántico, donde fue capturado en 1974 cuando intentaba enterrar a una de sus inocentes víctimas. Un policía que patrullaba por una carretera alejada a la ciudad observó a un hombre delgado que metódicamente arrojaba tierra en un lote baldío. El agente, extrañado por la conducta del desconocido, descendió de la motocicleta y se acercó al sospechoso para observar horrorizado que intentaba sepultar el cuerpo de una niña. De inmediato atrapó al Sádico, legalizó la captura y lo encerró en el calabozo de la estación de policía.

Días después, las autoridades allanaron la habitación que ocupaba en el Hotel Napolitano en el centro de la ciudad, en donde encontraron joyas femeninas, algunas revistas, 900 dólares, su diario personal y una colección de dieciséis mechones de cabello de mujer.

Camargo fue juzgado y sentenciado a treinta años de prisión por el asesinato de Liliana Jaramillo Lopera y, en primera instancia, fue llevado a la cárcel de Bucaramanga. Allí, los investigadores lograron conectar al Sádico con once muertes en Barranquilla y con los homicidios de El Charquito, lo que sumaba al menos una treintena más de muertes.

Las autoridades se dieron cuenta de la peligrosidad del preso y decidieron enviarlo a la prisión más infranqueable del país:

la isla Gorgona. Empero, ni los aguerridos guardianes, ni las anchas paredes, ni las corrientes marinas o los tiburones pudieron detenerlo. De manera asombrosa, Camargo sería uno de los pocos hombres que lograron fugarse con éxito de la inquebrantable cárcel.

### **Un escape imposible: la fuga de la isla Gorgona**

Durante veinticinco años, la isla Gorgona fue la prisión de mayor seguridad en Colombia, ubicada frente a las costas del océano Pacífico, rodeada por fuertes corrientes marinas y abismos abisales plagados de tiburones. La penitenciaría representaba el sitio más temido por delincuentes de todas las calañas. Entre sus rejas no solo se encontraban los peores criminales, sino los más recios y estrictos guardianes. A pesar de algunos intentos de fuga, la isla fue considerada una fortaleza inexpugnable, porque la mayoría de ellos terminó en recaptura o en el fondo del mar; de manera sorprendente, el único condenado que escapó con vida en toda la historia del penal fue Daniel Camargo Barbosa.

Corría la década del setenta y el Sádico que asustaba a los jóvenes en Bogotá y Barranquilla estaba finalmente alejado de la sociedad, trasladado desde Bucaramanga en avión y en barco hasta Gorgona. Allí se mantuvo como un hombre seco y sereno, esquivó la compañía humana y rechazó cualquier amistad con los demás reclusos; no obstante, en poco tiempo obtuvo el reconocimiento de sus carceleros.

En sus primeros años tuvo una conducta ejemplar. Ayudaba a conseguir leña para la cocina, colaboraba cargando las maletas de los turistas que viajaban a la isla para apreciar las ballenas jorobadas y se dedicaba a leer de forma compulsiva. En pocos meses acabó con los títulos disponibles en la biblioteca y

con cualquier manuscrito o documento que llegó a sus manos. Aprovechó sus conocimientos literarios para escapar de los trabajos más rudos y convertirse en el mecanógrafo de la penitenciaría; redactaba cartas y esquelas dirigidas a los familiares de trabajadores y condenados, lo que le dio un lugar prominente entre la población carcelaria.

Pese a la aparente calma, en la mente del Sádico se tejían distintos planes de fuga. Camargo no soportaba estar privado de la libertad, pues no solo estaba confinado en una pequeña isla, sino que estaba alejado de cumplir sus deseos y compulsiones más profundas: la violación y el asesinato de mujeres jóvenes.

En un principio se dedicó a estudiar la naturaleza que lo rodeaba y a contemplar el océano y sus corrientes. Se dio cuenta de que fluctuaban, cambiaban día a día y aumentaban o mermban su fuerza. Observó el firmamento y calculó los vientos, las estaciones de lluvia y la distancia que había hasta la costa.

Con el pasar de los años aprovechó su fama de hombre tranquilo y apartado para ganarse la confianza de sus guardianes; consiguió un hacha y derribó un árbol de balso, al que moldeó día a día con paciencia para convertirlo en un bote rudimentario. Cada vez que podía se acercaba al madero con sigilo y trabajaba durante algunos minutos sin hacer ruido ni ser descubierto. Varios meses después, unos guardianes que realizaban un control de rutina encontraron la arcaica embarcación y la llevaron al patio central de la prisión.

Allí, el director se quejó de la actitud de algunos reclusos que intentaban escapar y les recordó que estaban rodeados por cientos de tiburones hambrientos y fuertes corrientes que los alejarían de la costa y los llevarían a una espantosa muerte en altamar. Ordenó que llevaran la canoa al centro del patio y que se destruyera por la mano de los propios presos. Camargo se

ofreció con entusiasmo para acabar con su propia creación y así ahuyentó cualquier sospecha sobre él.

Luego del fracaso de su primer plan de fuga, el Sádico se ocupó en recrear su mente aprendiendo a pintar y a dibujar. Aprovechó que uno de sus compañeros dictaba talleres de pastel y óleo y se introdujo en el mundo de las artes. Produjo varias obras que fueron llevadas hasta una exposición en el interior del país.

En ese escenario, sus obras se destacaron por su calidad y belleza; incluso una de ellas fue fotografiada por un diario de la ciudad de Manizales. Muchas de sus pinturas eran composiciones de paisajes o figuras humanas. Sobre ellas, el asesino opinaba: "La pintura expresaba simbólicamente la situación por la que estaba atravesando, pero este aspecto no podía ser captado por quienes la contemplaban. Para ellos solamente expresaba un naturalismo vulgar. Meramente contemplativo, sin un ápice de contenido efectivo, por lo tanto, no se había cumplido una comunicación, no era un instrumento de conocimiento".

Aparte de dedicarse a la pintura y la lectura, el Sádico de El Charquito se dedicó a ejercitar su cuerpo y prepararse para la fuga. Buceaba entre los arrecifes que rodean la isla y trotaba entre las rocosas playas del litoral. Un día que se encontraba en una playa cerca a la pequeña isla de Gorgonilla divisó un extraño elemento que se movía velozmente arrastrado por las corrientes. Sin pensarlo dos veces, se lanzó al mar y nadó hasta el objeto. La fortuna parecía sonreírle después de varias décadas. Tenía al frente una vieja y desgastada canoa que atrapó con sus brazos y llevó hasta una pequeña playa arenosa, en donde cavó un hoyo con sus propias manos, enterró la embarcación a pocos centímetros de la superficie y huyó del lugar inmediatamente. Sabía que en la noche la marea y el oleaje se encargarían de borrar cualquier señal de la barca.

Esperó pacientemente el día propicio para ejecutar su fuga. Observó con cuidado las corrientes marinas, almacenó algunos cocos y alimentos enlatados, memorizó las rutinas de vigilancia del personal de guardia y se preparó física y mentalmente para el escape.

En diciembre de 1984 el día había llegado. Todas las condiciones estaban dadas: el asesino calculó la hora en que la corriente cambiaba hacia el sur, pues sabía que lo buscarían al norte, dirección hacia la que se movían regularmente las aguas. Aprovechó una distracción de la guardia, desenterró la canoa y se lanzó al océano. Remó con todas sus fuerzas y, tal como había calculado, el mar lo llevó hacia el sur.

Un par de horas después se descubrió en altamar. No había alrededor algo diferente al cielo y al océano; el oleaje era tranquilo, lo que le daba la posibilidad de maniobrar con poca fuerza. Se alimentó de los cocos y enlatados que había guardado. Se ubicó gracias a las estrellas y a los barcos con que se topaba en el horizonte, pues se trataba de embarcaciones de mediana magnitud, de las cuales sabía que solo podían transitar las rutas costeras que conectaban a Buenaventura con Tumaco.

Mientras tanto, en la prisión no se realizaron búsquedas minuciosas ni se movilizaron hombres para recapturar al Sádico. Al no encontrar señas del recluso y desconocer la existencia del bote, el director declaró ante los medios de comunicación que a Camargo Barbosa se lo habían comido los tiburones.

Unos meses después, en 1985, el ministro de Justicia Enrique Parejo González decidió cerrar la penitenciaria para convertirla en un parque natural. Como respuesta, desde muchos lugares del país se solicitó que la prisión no se clausurara, sino que se utilizara para encerrar a los peligrosos narcotraficantes que empezaban a aterrorizar al país. Entre los argumentos



esgrimidos por generales y editorialistas estaba su efectividad comprobada, pues inclusive "El 'Sádico de El Charquito' había sido devorado por los tiburones cuando tomaba un baño de mar".

Lejos de las creencias de la opinión pública, Camargo no estaba en el estómago de un escualo y dos días después de su fuga se dirigía hacia tierra firme. Desde la barca había identificado un grupo de casas que se extendía sobre la línea verde que formaba el continente. Se dirigió hacia esa dirección y halló la desembocadura de un río. Remontó la corriente algunos metros, tocó tierra, descendió de la imperfecta embarcación, estiró sus brazos y lanzó al viento un grito de alegría: era de nuevo un hombre libre.

Esperó unos pocos minutos, puesto que sabía que en algún momento alguien transitaría por la zona. No se equivocó: de repente, un hombre se le acercó en una canoa y lo llevó hasta un poblado situado a pocos kilómetros. Allí pasó la noche y se dedicó a jugar con los niños de la aldea. Más tarde, le pagó a un guía para que lo condujera hasta el municipio de Bolívar, en el departamento del Cauca.

Era la primera semana de diciembre. Los ríos estaban crecidos y la selva anegada, por lo que remontaron raudales y caminaron por trochas repletas de fango y trozos de madera ásperos y puntiagudos. Se abrieron camino por la manigua y lograron subir la cordillera en medio de infernales hordas de mosquitos. Poco a poco dejaron atrás la jungla y empezaron a transitar entre potreros y cultivos. Al cabo de tres días se encontraban en el casco urbano de Bolívar.

Una vez en el pueblo, Camargo Barbosa le entregó algunos billetes al guía y tomó un bus en dirección a Ipiales, en la frontera con Ecuador. Ya en el borde del país, caminó con despreocu-

pación frente a las oficinas de migración de los dos países, cruzó el puente de Rumichaca y se alejó para siempre de Colombia.

En la ciudad de Tulcán buscó un hotel barato en donde se alojó por dos días y recorrió la ciudad, el mercado y los alrededores del cementerio en busca de una nueva víctima. Había esperado por ese momento durante años. Sin embargo, decidió marcharse, pues temía que lo buscasen las autoridades del otro lado de la frontera. Tomó un autobús y se dirigió a Quito. En la capital ecuatoriana se dio cuenta de que no tenía dinero, razón por la cual partió hacia Guayaquil con sus últimos ahorros. Sabía que en esa ciudad podía dormir en la calle, debido a su clima cálido.

Una vez allí se las ingenió para sobrevivir. Se dedicó a su antiguo oficio de vendedor ambulante y tan pronto pudo empezó a matar, con lo que desató la más horrenda orgía de violencia y muerte que ha vivido el principal puerto de Ecuador. Violó, torturó y asesinó por lo menos a ochenta mujeres en pocos meses.

### **Frenesí asesino, captura y muerte de un sádico**

Radicado en Guayaquil, Camargo buscó una forma de sobrevivir. Con el poco dinero que le quedaba compró una docena de esferos y un maletín y recorrió las calles en busca de compradores. Su habilidad para convencer a los desprevenidos transeúntes dio frutos rápidamente. Se acercaba con calma y respeto a los desconocidos exagerando las cualidades de sus productos y los vendía rápidamente. Pronto pudo estafar a sus clientes con electrodomésticos defectuosos que conseguía a crédito en un almacén del puerto.

Pero el homicida no solo se dedicaba a comerciar y estafar. Creó una estrategia sofisticada para someter más fácilmente a

sus víctimas. Se hacía pasar por cristiano evangélico y afirmaba haber llegado hacía poco a la ciudad con una importante suma de dinero para un pastor. Abordaba mujeres jóvenes y bonitas solicitándoles su ayuda para que lo guiasen, con el fin de evitar lugares peligrosos. Luego subían a un autobús intermunicipal con la intención de llegar a una fábrica imaginaria llamada Mundi-plastic y después de un breve recorrido descendían en medio de la soledad del campo; se internaban en medio de arboledas y barrizales y, una vez alejados de los ojos de la humanidad, les informaba con impávida decencia que no existía ningún pastor y que deseaba violarlas, tras amenazarlas con un cuchillo.

La mayoría de las mujeres accedía a los retorcidos caprichos y aberraciones del Sádico con la esperanza de que las dejara en libertad. Sin embargo, Camargo no sentía piedad y las estrangulaba inmediatamente, desvestía los cuerpos y vendía o empeñaba las joyas que portaban. En un impresionante extremo de crueldad, pedía un rescate económico a los familiares de las jóvenes simulando que seguían con vida y que se trataba de un secuestro; para ello, entregaba a los parientes prendas de vestir y objetos personales como pruebas de sobrevivencia.

Sus acciones eran metódicas y repetitivas. Siguió la misma horrenda rutina en Guayaquil por lo menos en 55 oportunidades, acumuló varios cuerpos en un solo lugar y creó improvisados cementerios.

Fue precisamente bajo esta mecánica criminal que Camargo atacó a una joven *scout* que paseaba por el centro de Guayaquil. Al ver que se trataba de una chica bonita, se le acercó con precipitación y le habló con extremada cortesía: "Señorita, discúlpeme: ¿podría ayudarme? Vengo de lejos y traigo una importante suma de dinero para el pastor George Wilches. Al no conocer la ciudad, no sé a dónde dirigirme y me han dicho que es peli-